

Herejes, de Leonardo Padura

Círculo de Lectores, Barcelona. 2013

6

La Habana, 2007

Como del añorado Moshé Pipik solo sobrevivían unas ruinas malolientes incapaces de evocarle a alguien que allí había brillado el restaurante *kosher* empeñado por años en cuquear el hambre de Daniel Kaminsky, Elías le propuso a Conde probar suerte en el Puerto de Sagua, donde, decía su padre, el pescado siempre solía ser excelente.

-Solía ser, en este caso, puede ser estrictamente *solía* –le advirtió el Conde: tiempo pasado, imperfecto, pero pasado. Como la época de Moshé Pipik y otras cosas que has querido ver... Por cierto, ¿dijiste *cuquear*?

-Sí –Elías Kaminsky afirmó, con las cejas arrugadas-. ¿Está mal dicho?

-No, que yo sepa no...

-Esa palabra la usaba mi madre. Desde hace años vivo hablando en inglés, pero cuando lo hago en español, sin pensarlo me conecto con la forma en que ella hablaba. Son como joyas viejas. Las limpias un poco y se vuelven brillantes. ¿Qué me dices, a ver, de la palabra zarrapastroso? Mi padre era un judío flaco y zarrapastroso... A lo mejor ya nadie dice eso.

-Era lo que se dice un habitante. Un habitantón... -remachó Conde.

Elías sonrió.

-¡Coño! Hacía mil años que no oía eso. Mi padre también lo decía cuando hablaba con los cubanos de allá. ¡No seas habitante, Papito!, le decía a un cubano del que se hizo amigo en Miami...

(pág. 103)